

Literatura Italiana

IDEA GENERAL DE SU DESENVOLVIMIENTO,
DESDE SUS ORIGENES HASTA EL RENACI-
MIENTO.

(Apuntes del Sr. Sidney A. Smith)

La literatura de la Edad Media no fué, como algunos pretenden, el naufragio de la literatura clásica; porque de esta siempre se conservó una parte, que, por pequeña que se la considere, fué el hilo que unió las producciones del Renacimiento, particularidad que dió facilidades para poderla seguir, continuar su estudio y entre-sacar sus bellezas y enseñanzas. Esta unión, aunque débil, es la que pretende justificar la opinión de algunos historiadores que ligan con sutiles lazos á Virgilio con Dante, afirmación, por otra parte, puramente artificiosa y, que no destruye la notable diferencia que existe entre la literatura latina y la literatura italiana del Renacimiento; porque una lengua viva nacida de otra muerta, conserva una multitud de palabras que ya han expirado, y que no dan más señales de existencia que las que le exige la ciencia y la erudicción.

Hubo una literatura latino cristiana común á toda la Europa, y recién con el Renacimiento cada lengua se posesiona de un carácter propio que la hace original y diferenciada de las demás. En Italia, con anterioridad al italiano moderno, existían tres modalidades de literatura: una latina, otra latino cristiana, y, por último, la italiana vulgar en dialecto florentino. Entre la literatura latina y la italiana vulgar, hay la misma diferencia que había entre el «sermo nobilis» y el «sermo plebejus» de la literatura latina, siendo la literatura latino cristiana el lazo que une la latina con la italiana vulgar.

El siglo V se iniciaba con la caducidad del Imperio Romano, y con la decadencia de la literatura latina que ya anunciaba su próxima muerte. Pero, si la literatura latino pagana se hallaba herida mortalmente, surgía de

su seno la literatura latino cristiana con la pujanza y el vigor que le infundía su creencia; y Tertuliano, San Agustín y otros doctores de la Iglesia, habían hecho notable esta literatura con sus producciones.

En tales condiciones, y al finalizar el siglo V, los ostrogodos penetraron en Italia por los Alpes Julios al mando de Teodorico, consiguiendo establecerse en la península y fundar el reino de su nombre. Teodorico fué partidario del fomento de las Letras y de las Artes, razón por lo cual favorecía á sus cultivadores. No es esto de extrañar, si se tiene en cuenta, que el rey de los ostrogodos quería que le considerasen como un sucesor de los césares; porque Roma, aun caída, conservaba siempre la influencia de su gloria y de su majestad, siendo el fantasma de la antigua grandeza, grandeza que fascinó reyes y emperadores, los cuales, como Teodorico, pretendían reconstruir el poderoso Imperio Romano.

Durante el reinado de Teodorico es digna de notarse la actuación de Boecio y de Casiodoro. Boecio, que descendía de una rica familia consular, tuvo por maestro á Símaco, y siendo sabio, rico y generoso, mereció el favor de Teodorico que lo elevó al consulado y le encargó misiones de importancia; pero acusado como conspirador fué condenado á muerte; cercano al suplicio y encerrado en la prisión de Pavía, escribió su obra «De Consolatione philosophiae», diálogo elevado y elocuente, en prosa y en verso, entablado entre él y la Filosofía. Además Boecio fué comentador de Aristóteles, á lo que es necesario agregar los comentarios de los Tópicos de Cicerón y de Porfirio, lo que nos indica que estaba nutrido por la literatura clásica, que por otra parte, se evidencia en el sentido rebuscado que es muestra de su perfecta conformidad con los antiguos.

Casiodoro, mucho más afortunado que Boecio, fué, aun joven, uno de los primeros ministros de Teodorico; pero cuando los griegos de Justiniano lucharon victoriosamente contra Witiges, Casiodoro se retiró á sus ricos dominios y fundó un establecimiento monástico. Produjo entre sus obras una «Historia eclesiástica», repertorio árido de nombres y de fechas; un «Tratado del alma», y una colección de sus Cartas y de los Decretos de Teodorico: la mayoría obras de instrucción y de poco valor literario.

Los siglos VI y VII pueden caracterizarse por ser completamente estériles, sin producción literaria, como

consecuencia de la invasión de los longobardos, que capitaneados por su rey Alboino, se apoderaron de una parte de la península en el año 568, provocando continuas guerras con los reyes carolingios que bajaban á Italia en protección de los papas. Sin embargo, es conveniente notar, también en los longobardos, sus sueños con la antigua grandeza de Roma, y, tener en cuenta que en el siglo VIII, estando ya fusionados con los italianos, produjeron algunas obras de historia que, aunque bastante toscas, implican una tendencia literaria.

En el siglo VIII, Carlomagno entra á Italia para afirmar la autoridad del Papa; su intervención nos autoriza para creer en un progreso de cultura, por la sencilla razón, de ser Carlomagno, al igual de sus antecesores, un soñador de la arcaica magnificencia romana, que lo indujo á llamar á su corte todo lo más culto y más ilustrado, tratando de acumular y conservar cuanta obra científica y literaria llegaba á sus manos. Pues bien, parece una paradoja que la influencia de Carlomagno no significase para Italia un adelanto en cultura, sin embargo, esto es lo cierto; y su razón está, en que un renacimiento se produce dentro de un espíritu nuevo que posea el fermento antiguo, necesitándose, por lo tanto, una sociedad nueva, con nuevos ideales, y esto, en tiempos de Carlomagno no existía, ni había elementos con que dar impulso á ningún germen literario.

Nada hay digno de notar durante el lapso que abarcan los siglos IX y X; porque las continuas guerras de la desmembración del Imperio Carolingio, y las profundas alteraciones que sufría Italia con la invasión sarracena impidieron todo movimiento intelectual y literario. Pero, al llegar á los últimos términos del siglo X, y, sobre todo, en los comienzos del siglo XI, se nota una reacción de carácter puramente popular, como consecuencia de la reforma iniciada por Gregorio VII, que tratando de quitar el poder absoluto á los emperadores, produce un movimiento intelectual que se tradujo en manifestaciones literarias, como crónicas y poemas históricos, en los que se nota, algunas veces, ciertas elegancias de estilo, pero en general imitando á Virgilio.

Con estos antecedentes, era imposible que en los siglos XI y XII no hubiese una expresión más evidente de cultura, la cual apareció con la reacción de la escuela de Bolonia, que propagó por medio de sus discípulos las doctrinas jurídicas en toda Europa, de la misma manera, que se

creó la famosa escuela de Salerno donde acudían los que deseaban estudiar la medicina, según los viejos principios de Hipócrates y de Galeno. Estos dos focos de cultura intelectual, siendo como son, dos ramos prácticos de la ciencia, muestran claramente el espíritu positivista de los italianos. Fué también esta época abundante en narraciones de pasados hechos, que marcan un período de actividad historiográfica, muy natural, si se tiene presente que los italianos forman un pueblo orgulloso de su raza y conservador de sus tradiciones. Hay que agregar á este género de producciones las crónicas verificadas que tenían la ventaja de poetizar los relatos; se puede observar en todas ellas la tendencia á imitar los clásicos y épicos latinos, como así mismo, establecer que estas obras son el hilo conductor que une la Edad Antigua con la Edad Moderna. Los que han pretendido ver en la Edad Media la sofocación y anulación de la literatura, no han tenido en cuenta este medio de unión que existe entre lo antiguo y lo moderno.

Pueden citarse otras manifestaciones literarias, surgidas como consecuencias de disensiones políticas y religiosas, que se explican con la época: la lucha entre el Pontificado y el Imperio, la reforma introducida por Gregorio VII, y la querrela de las investiduras. Esta última, sobre todo, provocó polémicas teológicas que dieron actividad á una literatura política y filosófica, en que se distinguieron «San Anselmo», arzobispo de Cantorbery, que tuvo grandes contiendas con los reyes Guillermo II y Enrique I por defender la causa de Urbano II y los derechos de la Iglesia, y el cardenal «Pedro Damiani», hombre verdaderamente notable como ejemplo del ascetismo medioeval, y de quien cuenta Baillet que: «no dejó nunca los cilicios, las cadenas de hierro y las disciplinas». Damiani es un precursor de lo que más tarde sería la lucha entre Güelfos y Gibelinos, pues al preocuparse de asuntos referentes al poder civil y poder espiritual da una preeminencia absoluta á la religión, diciendo que el poder civil debía supeditarse al poder eclesiástico.

La poesía latino italiana, en general, es obra de fríos retóricos y no de verdaderos poetas; sin embargo, podemos notar los cantos de los estudiantes (Goliardi) que, aun teniendo vestidura latina, son una posibilidad á una lírica vernacular.

A propósito de esta poesía goliardesca, conviene hablar de la transformación de la versificación métrica en

versificación rítmica que es derivada de la misma métrica. Los antiguos poetas latinos, cuya lengua era flexible y prosódica, fundaban su versificación en la medida del tiempo necesario para recitar los versos, distinguiendo con la mayor exactitud las sílabas largas y las breves, de esta manera daban toda la importancia á la cantidad; pero al producirse la disolución del Imperio Romano, se efectuó también el cambio de letras en el latín bajo la influencia de las invasiones del Norte, modificando el idioma, que con el impulso de las tendencias populares transformó la cantidad en calidad y se tuvo en cuenta la acentuación.

Durante el siglo XII se nota gran interés por los estudios científicos, que traen consigo el beneficio de preparar los espíritus, predisponiéndolos para el cultivo de las letras; progreso, por otra parte, que se ve al finalizar el siglo XII y al comenzar el siglo XIII, época en que realmente empieza la literatura en lengua italiana, dando principio al nuevo idioma, con abundantísimo léxico, y que será el más dulce, suave y musical, sonoro y expresivo.

Sidney SMITH.

Buenos Aires, 15—7—1911.